

Dos morales

Frederic Bastiat

Trabajen, pues, de concierto las dos morales para atacar el vicio por sus dos polos, en lugar de difamarse mutuamente, mientras que los economistas desempeñan su tarea, desasnan a los Orgones, desarraigan las preocupaciones, excitan justas y necesarias desconfianzas, estudian y exponen la verdadera naturaleza de las cosas y de las acciones, cumpla por su parte el moralista religioso con sus obligaciones, más agradables, pero más difíciles; ataque la iniquidad cuerpo a cuerpo; persígala en las fibras más pequeñas del corazón humano; pinte los encantos de la beneficencia, de la abnegación, del sacrificio; abra el manantial de las virtudes en el mismo sitio en que nosotros no podemos hacer más que cegar el de los vicios; esta es su misión: es noble y bella; pero ¿por qué ha de negar la utilidad de la nuestra?

En una sociedad que sin ser íntimamente virtuosa, estuviese sin embargo bien ordenada por la acción de la moral económica (que es el conocimiento de la economía del cuerpo social) ¿no se abrirían ante la moral religiosa las probabilidades del progreso?

La costumbre, se ha dicho, es una segunda naturaleza. Un país que de mucho tiempo atrás hubiese perdido la costumbre de la injusticia por la sola resistencia de un público ilustrado, podría todavía ser triste; pero me parece que estaría bien preparado para recibir una enseñanza más elevada y más pura. haber perdido la costumbre del mal, es un gran paso hacia el bien: los hombres no pueden quedar estacionarios; separados del camino del vicio, una vez que este no les conduzca ya más que a la infamia, sentirán tantos más atractivos hacia la virtud. La sociedad debe tal vez pasar por este estado prosaico, durante el cual los hombres practicarán la virtud por cálculo para de allí elevarse a esa región poética en la que ya no tenga necesidad de ese móvil.

Señor fabricante ministro:

“Soy carpintero, como lo fue Jesús; manejo el hacha y la asuela para servirlos:

“Ahora bien: carpinteando desde el amanecer hasta ya entrada la noche en las tierras del rey nuestro señor, me ha ocurrido la idea de que mi trabajo es tan nacional como el su, y por consiguiente no encuentro motivo para que la protección no visite mi obrador, como visita su taller; porque al fin y al fallo, si Ud. hace paños, yo hago techos; los dos por medios diversos preservamos a nuestros clientes del frío y de la lluvia, y sin embargo, yo tengo que andar a caza de parroquianos, y estos lo buscan ellos mismos. Han sabido perfectamente obligarlos a ello, impidiéndoles proveerse en otra parte, al paso que los míos se dirigen a quien les parece.

“¿Qué tiene esto de particular? M. Cunin ministro, se ha acordado de M. Cunin tejedor: eso es natural. ¿Pero, ay! Mi humilde oficio no ha dado un ministro a la Francia, aunque haya dado un Dios al mundo; y este Dios, en el código inmortal que legó a los hombres, no ha dejado desligar la más pequeña palabra en la cual puedan fundarse los carpinteros para enriquecerse, como lo hace Ud. a expensas de otro.

“Además, vea mi posición: gano treinta sueldos al día, cuando éste no es domingo o no hay trabajo, y si me presento a Ud. al mismo tiempo que un carpintero flamenco, lo prefiere por un sueldo de rebaja. Por el contrario: ¿quiero vestirme? Si un tejedor belga pone su paño al lado del suyo, se le echa del país a él y a su paño; de modo que teniendo que ir forzosamente a su tienda, que es la más cara, mis pobres treinta sueldos no valen en realidad más que veintiocho... ¿qué digo? ¿No valen veintiséis! Porque en lugar de expulsar al tejedor belga a sus expensas (en cuyo caso el mal sería menor) se me hace pagar los hombres que por su interés se pone en sus persecución; y como un gran número de sus colegisladores, con los cuales esta perfectamente de acuerdo, me toma cada uno un sueldo o dos, so pretexto de proteger uno al hierro, otro al carbón de piedra, éste al aceite, aquél al trigo, a fin de cuentas resulta que de los treinta sueldos no salvo quince del pillaje.

“Me diréis sin duda que esos sueldecillos, que pasan de ese modo sin compensación alguna, de mi bolsa a la suya, hacen vivir muchas personas alrededor de su palacio, poniéndolos de ese modo en disposición de usar gran bambolla; a lo que os respondo que si me los dejara, harían también vivir esa gente a mi alrededor. Como quiera que sea, señor ministro-fabricante, sabiendo que sería mal recibido, no vengo a intimidarlo, como tendría derecho para hacerlo, a que renuncie a la restricción que impone a su clientela; prefiero seguir el camino común, y reclamar también una pequeña soga de protección.